

Extractivismos, modo de vida imperial y violencia

Desde finales del siglo XX y primeros lustros del XXI —e impulsada por el alza de los precios en los mercados globales de unas materias primas muy demandadas por las potencias centrales y los países “emergentes” convertidos en *la gran factoría global* del actual sistema de producción mundial integrado—, la expansión de megaproyectos con el único propósito de extraer y exportar grandes cantidades de recursos naturales se ha convertido en algo habitual en amplias zonas de la periferia mundial (particularmente de América Latina y África). Sin ser un fenómeno novedoso, las pulsiones extractivas adquieren en medio del desmoronamiento del *orden neoliberal* y de la actual *crisis ecológico-social* unas connotaciones especiales.

Antes de entrar en ello, conviene aclarar algunas cuestiones. Para empezar, ¿qué significado se suele dar al término «extractivismo»? El sentido que aquí se le va a dar alude a una forma de apropiación de los recursos naturales a través de una modalidad específica de extracción. Por consiguiente, no cualquier actividad extractiva es extractivismo. Lo será aquel tipo particular de extracción de recursos de la naturaleza realizada a gran escala, con gran impacto socioambiental y destinada pri-

INTRODUCCIÓN

mordialmente a la exportación como materias primas sin procesar (o con escaso procesamiento).¹

Capitalismo y (neo)colonialismo

Como se ha señalado, el extractivismo tiene antecedentes. Hunde sus raíces en el capitalismo y en las formas coloniales. El capitalismo es un modo de producción y de dominación de clase que se apoya en otros sistemas de opresión. Así ha sido históricamente. No hay más que constatar cómo a lo largo de su existencia se ha desarrollado con la ayuda del colonialismo y el patriarcado. El fin del colonialismo histórico abrió la puerta a nuevas formas coloniales, de manera que la colonialidad persistió tanto en el interior de los estados surgidos de lo que antaño fueron colonias como en las relaciones que aquellos establecieron desde entonces con sus antiguas metrópolis. Viejos y nuevos colonialismos que marcan tanto continuidades como rupturas en relación con las modalidades de apropiación de los recursos naturales.

Las viejas formas del colonialismo sirvieron para asegurar las bases extractivas de un protocapitalismo que con el tiempo fue capaz de impulsar en su seno una revolución industrial. Los recursos están desigualmente distribuidos por la corteza terrestre, de ahí que sea imposible hablar de extractivismo sin asociarlo con el movimiento posterior que permite que unas zonas se aprovisionen con los recursos extraídos en otro lugar. El viejo orden colonial representó una determinada manera de garantizar ese acceso y seguridad en los suministros a los centros de producción de las metrópolis. Pero no solo significó eso, también constituyó una nueva forma en el manejo y distribución de los recursos naturales y servicios ambientales al posibilitar la transición de un régimen metabólico a otro. Todas las sociedades intercambian flujos de energía, materiales e información con su entorno. A las formas de organización de esos intercambios podemos denominarlos regímenes metabólicos. El colonialismo (interno y externo) favoreció tanto la acumulación originaria del capital como el tránsito desde sociedades cuyo funcionamiento material estaba basado en la energía solar y en los recursos bióticos obtenidos gracias a la fotosíntesis a otras cuya economía se convierte en dependiente de las riquezas contenidas en el subsuelo.

Como es sabido, la emancipación de las colonias de sus metrópolis abrió las puertas a nuevas prácticas geopolíticas en que el control directo de un territorio mediante la fuerza

¹ Así lo caracteriza Eduardo Gudynas atendiendo a varios criterios: volumen e intensidad en el manejo de los recursos naturales, orientación exportadora y nulo o escaso procesamiento. Aunque al extractivismo se le asocia habitualmente con la minería y la extracción de hidrocarburos, la definición anterior abarcaría también explotaciones agrícolas y forestales en forma de monocultivo, o piscifactorías y camaroneras orientadas básicamente a la exportación. De ahí que parezca más propio hablar de extractivismos (en plural). Para más detalles véase: E. Gudynas, «Extracciones, extractivismos y extrahecciones. Un marco conceptual sobre la apropiación de recursos naturales», *Observatorio del desarrollo*, núm. 18, febrero de 2013, CLAES. [Se puede consultar y descargar en: <http://ambiental.net/wp-content/uploads/2015/12/GudynasApropiacionExtractivismoExtraheccionesOdeD2013.pdf>]

militar y la presencia de una administración colonial fue sustituido por nuevas formas de dominación basadas, esta vez, en reglas y relaciones económicas –comerciales, productivas y financieras– entre países formalmente independientes y soberanos. Con todo, el uso de la fuerza no desaparece en ningún caso, mantiene su función intimidatoria y se convierte en el último recurso del que echar mano en caso de grave cuestionamiento de los intereses hegemónicos. La definición de un nuevo orden internacional poscolonial, las sucesivas olas globalizadoras, la transnacionalización de las corporaciones empresariales y el imperialismo cultural han logrado, por otras vías, que algunos aspectos de las viejas relaciones coloniales subsistan bajo ropajes nuevos, propiciando alianzas entre elites internas y foráneas que posibilitan la apropiación e incorporación de la riqueza y de los recursos –naturales y culturales– locales a los circuitos transnacionales.

Modo de vida imperial

Las nuevas reglas neocoloniales facilitaron la aceleración en la extracción de los recursos energéticos y minerales, permitiendo a su vez la expansión de la actividad económica y del proceso urbanizador a escala global. Los indicadores que muestran el creciente impacto de la actividad humana sobre el planeta, ya sea en términos de extracción de recursos o de generación de residuos, reflejan cómo esa expansión se acelera a partir de mediados del siglo XX, momento que da comienzo a lo que se ha denominado *Gran Aceleración*, un periodo excepcional de crecimientos lineales y exponenciales que ha conducido a la situación de extralimitación en la que ahora nos encontramos. Durante este tiempo, los países opulentos (o Norte global) pudieron eludir en gran medida sus tensiones distributivas internas trasladando las contradicciones y los conflictos al exterior, a los territorios a los que se encarga el papel de suministradores de fuerza de trabajo y recursos. Se establece así el *modo de vida imperial* en el Norte global,² impulsado por una dinámica de acumulación de capital que opera ya a escala mundial y se ayuda de innumerables medios financieros, políticos, culturales, jurídicos y militares para acaparar el espacio ecológico-ambiental que garantice el acceso a la fuerza de trabajo y a los recursos naturales y servicios ambientales requeridos. De esta forma, tal y como han señalado Alberto Acosta y Ulrich Brand:

² Para Ulrich Brand y Markus Wissen, el *modo de vida imperial* no se refiere únicamente al estilo de vida de determinados grupos o clases sociales. Remite sobre todo a los patrones de producción, distribución y consumo (algo similar a los que los regulacionistas franceses entienden por modelo de desarrollo), acompañados de imaginarios culturales fuertemente arraigados en prácticas cotidianas tanto en las sociedades de los países del Norte como entre las clases altas y medias de los países emergentes del Sur. Véase el artículo firmado por ambos autores titulado: «Crisis socioecológica y modo de vida imperial. Crisis y continuidad de las relaciones sociedad-Naturaleza en el capitalismo», publicado originalmente en: Grupo Permanente de Trabajo sobre Alternativas al Desarrollo (coord.), *Alternativas al Capitalismo/ Colonialismo del Siglo XXI*, Ediciones Abya Yala, Quito, 2013, pp. 445-470. [Se puede consultar en: https://www.researchgate.net/publication/318701147_Crisis_socioecologica_y_modos_de_vida_imperial_Crisis_y_continuidad_de_las_relaciones_sociedad-Naturaleza_en_el_capitalismo]

La sangre que fluye en las venas de los modos de producción y vida imperiales en el Norte global proviene, ni más ni menos, de las lógicas extractivistas aplicadas en el Sur global, originadas hace cientos de años.³

Las consecuencias ecosociales del extractivismo

El extractivismo despliega un amplio abanico de consecuencias económicas, ecológicas, sociales y políticas sobre los territorios por los que se expande. Tiene importantes consecuencias en el modelo de desarrollo económico porque profundiza el subdesarrollo y la condición periférica de los países. Una economía subdesarrollada es aquella que se caracteriza por un elevado grado de desarticulación –social y productiva– interna. Un país periférico es aquel que tiene una inserción subordinada en la economía mundial. El extractivismo no hace sino profundizar ambos rasgos de subdesarrollo y dependencia al reforzar el perfil primario-exportador de un régimen de acumulación basado en «economías de enclave» y que resulta altamente vulnerable a las oscilaciones que experimentan los precios de los recursos negociados en los mercados globales.

También tiene un importante impacto ecológico al no contemplar la naturaleza como lo que verdaderamente es, un entramado de vida, sino como un *stock* de recursos que se pueden extraer, incorporar a los mercados y valorar monetariamente en cuanto que insumos para la producción industrial. Esta visión deformada consiente la destrucción de funciones y servicios ambientales cruciales para la vida y hace colapsar a los ecosistemas.

Tampoco son irrelevantes las consecuencias sociales: la apropiación privada de los recursos naturales conduce a una expropiación de las condiciones materiales y culturales de aquellos pueblos y comunidades que dependen para su existencia de los ecosistemas que los albergan y a los que acceden, por lo general, como recursos de uso común que gestionan colectivamente de manera sostenible.

En el plano político las consecuencias no son menores. En este tipo de desarrollismo es habitual que las empresas trasnacionales adquieran un protagonismo inusitado. Debido a su posición dominante en la economía del país, determinando los ingresos públicos y los equilibrios en la balanza de pagos, su influencia en la política suele ser enorme, debilitando la vida democrática y capturando las instituciones del Estado (y muchos de sus principales contrapesos, como por ejemplo los medios de comunicación). Cuando es el propio Estado quien controla el proceso, es habitual ver al extractivismo acompañado de fenómenos de corrupción y clientelismo.

³ A. Acosta y U. Brand, *Salidas del laberinto capitalista. Decrecimiento y postextractivismo*, Icaria, Barcelona, 2017, p. 21.

Ejercicio autoritario del poder y la violencia

Un marco político e institucional capturado por los intereses de las elites extractivistas y unas consecuencias sociales y ecológicas como las mencionadas da lugar, en ausencia de otros cauces democráticos, a un ambiente de violencia creciente que suele desembocar en respuestas represivas desde el Estado u otras instancias paraestatales. Las comunidades afectadas, que sufren el creciente deterioro de su medio social y natural, reaccionan siempre defendiéndose de la agresión, circunstancia que es aprovechada por el poder para que la criminalización y la represión de la protesta social se conviertan en elementos consustanciales de la dinámica extractivista. A partir de ese momento, la violencia y violación de los derechos humanos dejan de ser mera consecuencia del extractivismo para convertirse en condición necesaria de su continuidad y profundización. De esa manera, el extractivismo, al igual que en el pasado el despojo y la devastación colonial, expresa la intensificación de la violencia como medio de producción estratégico del capitalismo global.

Los procesos de acumulación originarios explicados por Marx⁴ y los de acumulación por desposesión a los que alude David Harvey a partir de las consideraciones de Rosa Luxemburgo,⁵ junto a la reveladora interpretación que hace Polanyi de cómo se impone un orden social autorregulado por las fuerzas del mercado,⁶ muestran hasta qué punto la construcción social del capitalismo ha sido (y sigue siendo) un proceso de saqueo acompañado de una asombrosa violencia. La intensificación en las últimas décadas de los procesos extractivistas cabe contemplarla como una reactualización de esa violencia asociada a la voluntad de preservar un modo de vida imperial en un contexto de crisis ecosocial.

Líneas abisales

La articulación de los modos de vida imperiales del Norte global con los procesos extractivistas del Sur en un contexto de crisis ecológico-social, crea –asumiendo las aportaciones de Boaventura de Sousa Santos– una línea abismal invisible y radical que divide dos tipos de sociabilidad. De un lado, la metropolitana, gobernada por la tensión entre regulación social y emancipación, que permite estabilizar las expectativas sociales; del otro, la sociabilidad colonial, gobernada por la tensión entre apropiación y violencia, y donde no es posible ninguna estabilización de expectativas.⁷ Y aunque en la actualidad ambas sociabilidades lleguen a estar presentes incluso dentro de una misma sociedad, no se reconocen porque hay una separación abismal entre ellas:

⁴ En el conocido capítulo 24 del libro I de *El capital*.

⁵ Véase su libro *El nuevo imperialismo* (Akal, Madrid, 2004).

⁶ Particularmente en su ensayo *La gran transformación* (Ediciones La Piqueta, Madrid, 1989), publicado por primera vez en Nueva York en 1944.

⁷ Véase B. de Sousa Santos y M. Paula Meneses (Eds): *Epistemologías Del Sur (Perspectivas)*, Akal, Madrid, 2014.

¿Cuál es la característica de esta separación? La exclusión no abismal es una exclusión con derechos. Hay desigualdades, hay exclusiones, por supuesto, pero hay derechos. Obviamente, una mujer que trabaja en un restaurante es excluida en la medida en que trabaja lo mismo que un hombre y no gana lo mismo, pero tiene derechos laborales. Pero, del otro lado de la línea hay exclusiones donde no hay derechos. Porque la gente que está del otro lado de la línea, en la línea colonial, que no es verdaderamente humana para los otros, es subhumana [...] Y eso ha sido siempre así. Desde que hay capitalismo, colonialismo y patriarcado, no hay humanidad sin deshumanidad. Hay un grupo de gente que es desechable como humana y que puede ser sobreexplotada, hoy día esto está pasando con los pueblos indígenas campesinos de América Latina que están siendo expulsados y también en África. Que no me vengan a decir que esta gente tiene derechos y que están en una sociedad regulada. Están del otro lado de la línea. Un gobierno puede, con inversión brasileña o japonesa, expulsar a cuatro millones y medio de campesinos de sus tierras de Mozambique. Y lo mismo está pasando en India. Y lo mismo está pasando por toda América Latina.⁸

El (neo)extractivismo como elemento de un orden emergente

El extractivismo de las últimas décadas, unido a las tendencias más recientes de repliegue nacional, proteccionismo y guerras comerciales, está señalando, en el plano internacional, algunos rasgos del nuevo orden social que emerge tras el desmoronamiento del orden neoliberal. Maristella Svampa, al referirse a América Latina, habla de la sustitución del *Consenso de Washington* por el *Consenso de los Commodities*.⁹ Con ello, quiere resaltar, sobre todo, la vuelta de la geopolítica como protagonista destacada. A través de la combinación de procesos económicos y acuerdos políticos se intensifica la explotación de los recursos y se desplaza la frontera extractiva hacia nuevos territorios. Dicha combinación no solo resalta la importancia de los márgenes no capitalistas en la reproducción del capitalismo, sino también la manera en que se afrontan los dilemas que plantea el desarrollo del modo de vida imperial en medio de la crisis ecosocial.

A través del modo de vida imperial arraigan y se hacen cotidianos, en sectores cada vez más amplios de la sociedad adquisitiva mundial, ciertos comportamientos característicos de la civilización industrial (como el uso del coche, el consumo de carne, la compra de electrodomésticos o, más en general, el paquete estándar de bienes de consumo). Sin embargo, esto ocurre al tiempo que hemos traspasado los límites naturales, ocasionando problemas

⁸ B. de Sousa Santos, «Las ciudades en la encrucijada entre la paz democrática y las exclusiones abismales», en A. Barrero (Coord): *Ciudades de Paz. Foro Mundial sobre las violencias urbanas y educación para la convivencia y la paz*, Aipaz/ Ayuntamiento de Madrid, 2018, p. 44.

⁹ M. Svampa, «'Consenso de las Commodities' y lenguajes de valoración en América Latina», *Nueva Sociedad*, núm. 244, marzo-abril de 2013, pp. 30-46.

tan graves como el calentamiento global. La extensión de los patrones de producción y consumo que disfrutaban una parte de la población mundial empeora las condiciones de vida de toda la humanidad, amenazando de forma inmediata la vida de los más pobres. Nos encontramos ante un modo de vida convertido en un *bien posicional*. Así lo define Alvater: «el mundo no puede disfrutar de las comodidades de las sociedades industriales del bienestar sin que todos los seres humanos que lo habiten empeoren su situación».¹⁰ Aferrarse a estos comportamientos no solo provoca la destrucción de la naturaleza sino también desigualdades y expulsiones.

Las expulsiones equivalen a un *proceso de selección salvaje* –sostiene Saskia Sassen– que parte «de la actual profundización sistémica de las relaciones capitalistas»¹¹ dando lugar a *formaciones predatoras* que se sostienen con la violencia. El análisis del extractivismo debe servir para mostrar esta relación entre las prácticas de vida cotidianas, la crisis ecológica, las tensiones geopolíticas y la creciente conflictividad ecosocial en el marco de una violencia estructural cada vez más explosiva.

Santiago Álvarez Cantalapiedra

¹⁰ E. Alvater, *El precio del bienestar*, Edicions Alfons El Magnànim, Valencia, 1994, p.22.

¹¹ S. Sassen, *Expulsiones. Brutalidad y complejidad en la economía global*, Katz, Buenos Aires, 2015, p. 20.